

LOS JINETES DE ALA DEL AL-ANDALUS EN LA ALTA EDAD MEDIA

por Joaquín DE SOTTO Y MONTES
General de Caballería. D. E. M.

*Mahoma antes de ser Profeta fue camellero
y, siempre, un mediano jinete.*

Es frecuente oír las grandes aptitudes y las intrépidas gestas de los aguerridos e indómitos caballeros árabes en los azarosos tiempos de la Reconquista. Tal supuesto, que en ocasiones pudiera ser cierto, no está exento de algunas limitaciones. En beneficio del rigor histórico, creemos que tal vez sea oportuno aclarar algunas narraciones y leyendas que han corrido de boca en boca, tanto más cuando a lo largo de cerca de siete siglos, los pueblos agarenos del Al-Andalus lucharon y también convivieron con las gentes hispanas de los reinos cristianos de la Península durante los azarosos días del Medievo.

Dice el profesor Sánchez Albornoz en su *España Musulmana*, que durante los tiempos medievales «la guerra contra los moros no fue un *paso de ballet*». La lucha de ambos bandos contendientes fue áspera, brutal, a veces cruel y siempre tenaz, pese a su relativo carácter periódico e intermitente, dada la cuantía de siglos que duró la presencia árabe en la Península. Fue una constante oposición entre dos religiones dispares, dos culturas diferentes y dos sistemas de vida socioeconómicos distintos. Fue, del mismo modo, una lucha de gran desgaste, en particular para el bando cristiano obligado a combatir para rechazar a la invasión sarracena y, al mismo tiempo, laborar para poner en valor y producción las regiones patrias acabadas de reconquistar. Si el estruendo de las armas resonó ampliamente en el ámbito peninsular, también se dejó oír y no ciertamente débil, el crujir de los arados para abrir surcos en las tierras y mantener los rebaños de ganado de la nueva cabaña española.

LA CABALLERÍA SARRACENA

Está plenamente admitido que el principal esfuerzo militar musulmán en los primeros tiempos de la invasión de la Península, debido a la escasez de jinetes, fue obra de peones. Esta noticia no presupone que la Caballería sarracena de Tarik y de Muza no figurara entre las huestes desembarcadas en nuestras costas del sur. Pocos fueron los escuadrones árabes y berberiscos que combatieron en el Guadalete, pero tal penuria ecuestre paulatinamente fue superada a medida que progresaba la invasión y aún más eficazmente cuando empezaron a llegar a España los jinetes sirios de Balch llamados por un Emir del Al-Andalus.

De poca información, con el indispensable rigor histórico, se puede disponer en lo referente a los albores de la Caballería musulmana de Oriente, ya que tanto las crónicas, como otros documentos de procedencia islámica, o son muy parcos al referirse a los jinetes musulmanes que pasado el tiempo guerrearon en España o, por contra, los escritores agarenos suelen caer en excesivos y ampulosos comentarios de dudosa exactitud y más orientados hacia el poema que a la exacta narración histórica. Sin embargo, son conocidos algunos trabajos modernos de acreditados tratadistas nacionales y extranjeros que con acierto cubren algunas lagunas informativas. En primer lugar aparece Menéndez Pidal que, tanto en su *Tratado de Historia* como en publicaciones referidas al Cid y otros agueridos caballeros del Medievo, nos da noticias sobre la Caballería musulmana. Asimismo, las enseñanzas que Sánchez Albornoz (1) aporta para los que deseen estudiar la Edad Media española, así como las de Estévez Calderón (2), de González Simancas (3) y de Valdeavellano (4), y otros muchos historiadores nacionales especializados en la época que venimos tratando. En cuanto a los autores extranjeros, con independencia de Dozy por su *Historia de los musulmanes en España*, son de interés los trabajos de Rehatsch (5) y Sahwarzlose (6), aunque sus investigaciones no se orientaron en forma determinante a temas relacionados con la Caballería árabe. También lo han intentado el alemán Wüstenfeld (7) y el francés Reidaud (8). El italiano Caetari (9), aunque ha dedicado sus estu-

(1) *En torno a los orígenes del Feudalismo* (La Caballería musulmana y la Caballería franca en el siglo VIII; t. LII, Mendoza (Argentina), 1942.

(2) *De la Milicia de los árabes de España*; Madrid, 1851.

(3) *España militar a principios de la baja Edad Media*; Madrid, 1922.

(4) *Curso de historia de las Instituciones española*; Madrid, 1970.

(5) *Notes on some old arms and instruments of War, chiefly among the arabs* (The Journal of the Royal Society of Bengala); XIV, Calcuta, 1877.

(6) *Die Waffen der alten Araber aus ihren Dichtern dargestellt*; Leipzig, 1836.

(7) *Das Heerwesen der Muhammedaner*; Göttingen, 1830.

(8) *De l'art militaire chez les arabes au Moyen-Age* (Journal Asiatique...); septiembre 1848.

(9) *Annali dell'Islam*, II; Milán, 1902; y *Studi di Storia Orientale*; Milán, 1911.

dios hacia el caballo oriental y a las formaciones de jinetes musulmanes, su interés disminuye un tanto al circunscribirse a los primeros tiempos históricos del jinete sarraceno, silenciando la época en que los ejércitos de Mahoma saltan de sus fronteras para adentrarse decididamente en tierras de Oriente. Lo mismo sucede con un interesante trabajo monográfico del francés Lammens referido a la Meca y a la cuna del Islam en vísperas de la Hégira (10).

Por otra parte, a los escritores musulmanes Ben Hodeil, Hixam ben Al-Cabi, Mohamed ben Al-Arabí y algunos otros más de indudable prestigio, tampoco se les puede considerar muy explícitos en temas militares ecuestres de los pueblos árabes, si bien a través de sus comentarios se puede sacar la conclusión de que tales gentes tardaron bastante tiempo en descubrir las posibilidades y ventajas del empleo de estos semovientes tanto para la paz como para la guerra.

En resumen, todo hace suponer que tanto durante la Edad Antigua como durante algunos siglos del Medievo el camello, o dromedario, fue el animal más solicitado por los islamitas, no tan sólo para cubrir sus primitivas faenas agrícolas, sino como medio de transporte, carga y combate. En la Biblia, se ignora o se silencia a la Caballería pese a su conocida existencia en algunos pueblos orientales; lo mismo ocurre en las esculturas y bajorrelieves asirios ocho siglos anteriores a Cristo. Los ejércitos de Jerjes, según Herodoto (11), carecían de jinetes, aunque no de camelleros armados. Tal vez resulta necesario caminar a través del tiempo hasta dos centurias antes de Mahoma, para que la poesía árabe comience a mencionar al jinete guerrero y a su corcel de batalla.

Nada pueden extrañarnos estos antecedentes, ya que está demostrado que el árabe antes de ser jinete fue camellero a lo largo de muchos siglos. Sánchez Albornoz en su obra *En torno a los orígenes del Feudalismo*, al referirse a Mahoma, textualmente dice: «El Profeta mal jinete como la mayoría de las gentes de raza árabe...». Por otra parte, la preferencia del camello en los pueblos de Arabia es lógica, dado que tal rumiante es animal mejor adaptado físicamente al medio ambiente de la árida estepa de Arabia. Con razón Sprenger (12) califica al beduino de «parásito del camello» y el califa Omar pudo afirmar un día «que sólo donde el camello prosperaba podía medrar el pueblo árabe».

Pero si el camello, que alguien calificó de *barco del desierto*, es animal perfectamente apto para caminar por dichas tierras con su paso lento y parsimonioso produciendo con tal «aire» un movimiento arrítmico e incómodo para su jinete, como colaborador del guerrero, —que siempre precisa movilidad instantánea y flexibles cambios de dirección— se nos aparece bastante inferior al caballo en todas sus manifestaciones logísticas

(10) *Le berceau de l'Islam. L'Arabie occidentale á la veille de l'Hégire* (Scripti Pontifici.—Bibl. de Roma); págs. 130-142; y *La Mecque á la veille de l'Hégira* (Mélanges de l'Université Saint Joseph); Beyrouth (Siria), IV, fasc. 3, 1924.

(11) VII, 87. RIDGWAY: *The origin and influence of the Thoroughbred Horse*.

(12) DELBRÜCK: *Geechichte der Kriegskunst*, II; 1902.

y castrenses. De aquí, que pese a las grandes dificultades para la cría y entretenimiento del ganado caballar en las áridas tierras de Arabia, sus habitantes y más en particular sus guerreros cada vez más, se fueron orientando más a la sustitución de dicho rumiante por los bellos y veloces semovientes árabes y berberiscos de tan justa fama hípica. El caballo pura raza árabe, normalmente denominado P. S. A., padre de múltiples generaciones de brillantes y espléndidos ejemplares, no precisa mayores comentarios.

Los elevados precios de estos semovientes en Arabia, generalmente prohibitivos para el beduino, y las dificultades para el fomento de la cría de dichos ejemplares trajo consigo que las aspiraciones ecuestres de las gentes sarracenas se vieran obligadas a seguir un largo proceso en su desarrollo y no siempre con resultados positivos. Se comprende, pues, que el título de «Faris» con el que los árabes solían honrar a sus jinetes, constituyese distinción muy envidiada y equiparada a la sobresaliente denominación de «Sáyyid» (13). Sin embargo, aunque resultaría inadecuado suponer que el árabe no cabalgaba sobre briosos corceles en los albores del Islam, igualmente resultaría incierto definir a dicho pueblo como pertenecientes a la «estirpe de los jinetes». Hubieron de pasar bastantes siglos desde la aparición del Profeta hasta que las gentes ismaelitas pudieran disponer de una cabaña equina digna de ser considerada y que los hijos de Arabia conocieran y practicaran el noble arte de la Equitación.

Cuando las huestes árabes se lanzaron contra Persia para ir después contra el Imperio de Bizancio, tan sólo una pequeña minoría de guerreros cabalgaban sobre caballos. En verdad no tenían otra opción, dada su escasa experiencia ecuestre y mínimas posibilidades pecuarias. En los días de Mahoma, tan sólo algunos caudillos importantes podían permitirse el lujo de mantener en sus cuadras algunos corceles de batalla, la desproporción entre los rebaños de camellos y la cuantía de animales equinos era tan desfavorable para éstos, que casi ni siquiera son mencionados en las crónicas de aquellos tiempos. No obstante, el claro juicio de Mahoma y su buena visión para los asuntos castrenses, rápidamente le hizo comprender el gran partido que se podía sacar a una aguerrida y nutrida hueste de Caballería, en sus marciales luchas por la expansión religiosa y también terrenal. Con sus palabras y consejos y, sobre todo, con el desigual reparto de los botines que se capturaban, que siempre beneficiaban a los caballeros a costa del peonaje, trató de favorecer el florecimiento de sus escuadrones de jinetes desinteresándose un tanto del camellero. Las guerras de los árabes contra los imperios de Bizancio y de Persia, en cuyos ejércitos abundaba la Caballería, no hicieron sino aumentar el interés de los musulimes por continuar la obra iniciada por el Profeta. Y al mismo tiempo que se multiplicaban los «hadices» con supuestas afirmaciones de Mahoma en favor del caballo y en beneficio de la «Guerra santa de Alá», los distintos

(13) LAMMENS: *Ob. cit.*, pág. 261.

califas afanosamente intentaban desarrollar la cría caballar y la instrucción ecuestre de sus guerreros.

Cabalgando sobre el camello, llevaban los árabes combatiendo durante cerca de quince siglos y a lomo de tales animales aún debieron continuar sus acciones bélicas durante un prolongado espacio de tiempo (14), dado que organizar e instruir unas tropas de Caballería no es empresa ni sencilla ni rápida. En buena teoría castrense, se improvisa peor un cuerpo armado montado que otras tropas de técnica más depurada. De aquí que ante la falta de «espíritu jinete» y tradición hípica del árabe, en comparación con las virtudes ecuestres de los hijos de Iberia, el sarraceno se vio obligado a quemar varios decenios y sufrir no pocos desalientos antes de conseguir superar su retraso en tales cuestiones. Muchas generaciones de musulimes hubieron de pasar antes que los califas abasíes alcanzasen triunfos dignos de mención; dándose el caso paradójico que aquellos fieles seguidores del Corán que, en virtud de sus preceptos estaban autorizados a disfrutar de la presencia de varias esposas, difícilmente podían aspirar a iguales beneficios en lo referente a ejemplares a mantener en sus cuadras, ya que la economía y la falta de tradición se oponían a dichas aspiraciones.

En los albores del siglo x, el emperador León VI (888-913) de Oriente, en su conocida obra *De la Táctica* (15), hace mención de la enorme muchedumbre de camellos del ejército islámico y, al mismo tiempo, señala el terror que causaba a los corceles de sus huestes la presencia y gruñidos de aquellos animales.

Son poco conocidas las largas, trágicas y porfiadas luchas de los musulmanes para realizar sus conquistas, en particular las victorias en el Norte de Africa. Las fuentes que las citan son tan tardías y contradictorias entre sí, que por su exageración y falta de rigor histórico resultan sospechosas y de muy escasa utilidad. Sin embargo, a la vista de ellas se pueden sacar la siguientes conclusiones:

- Que en tiempo de Mahoma éste para impulsar la afición ecuestre entre sus tropas, instituyó «que en el reparto del botín se siguiera las siguientes normas y módulos: el caballero debía recibir tres partes por tan sólo una el peón. Al jinete se le declaraba exento de la tasa denominada *sadagah*» (16).
- En sucesivas centurias, a fin de impulsar la cría caballar (17), los califas crearon y mantuvieron celosamente yegudas y depósitos de recría y doma, así como la selección de caballos sementales. A dichos fines, en el distrito de Al-Rabádah (próximo a la ciudad de Medina) fueron reservados praderíos con orientación pecuaria.

(14) Según CAETANI: *Ob. cit.*, pág. 1062, y estampas de las páginas 840-41 y 848-49, al menos desde los siglos VIII y VII antes de Cristo, aparecen sobre camellos en los relieves de Siria.

(15) LEONIS: *Imperatoris Tactica* (Edc. Vari; Budapest, 1917); 22-XVIII, 13.

(16) CAETANI: *Ob. cit.*, pág. 317.

(17) LAMMENS: *Ob. cit.*, pág. 137.

Lo mismo ocurrió con determinadas dehesas y pastizales de la región de Talib-al-Araba en la cuenca del Tigris.

- Los gobernantes árabes también utilizaron estímulos literarios y pensamientos más o menos poéticos para impulsar la afición hípica a sus gentes. Es dato curioso que al objeto de dignificar el valor del caballo, alguno de los discípulos del Profeta pusieron en sus labios las siguientes supuestas máximas: «Consagrar un caballo a la vía de Alá (guerra santa), es garantía contra el fuego del infierno». «Quién subviene al sustento de un caballo, se equipara a quien da limosna a mano abierta». «El estiércol y la orina de los caballos será para Alá, el día de la resurrección, como azmicle penetrante» (18). También se tiene noticia de un escritor que aún más admirador de Mahoma completó los anteriores pensamientos con la afirmación: «Que nada amaba más el Profeta que las mujeres y los caballos». La responsabilidad de tal dicho pertenece al escritor Malic ben Anas.

Continuando con las vicisitudes militares de tipo ecuestre de los sarracenos de la época de Mahoma, es de indicar que en la batalla de Bedr (Arabia) contra la tribu de los *coraixíes*, las tropas mahometanas lucharon con un insignificante efectivo de jinetes (19), ya que según las crónicas, de los mil guerreros de que se componían las hueste del Profeta, tan sólo unos cien disponían de cabalgadura (20). Incluso algunos historiadores califican de exagerada la indicada proporción por estimar que estas posibilidades eran aún más insignificantes. Dicho supuesto parece comprobado ante el hecho de que poco tiempo después de la mencionada acción bélica, el caudillo Abú Sofian al llevar a cabo una incursión en campo enemigo no la realizó al frente de una tropa de jinetes sino de camellos (21). En consecuencia, todo hace suponer que en los primeros años de la expansión del Corán, ni los acaudalados coraixíes de la Meca ni los fieles seguidores del Profeta contaban con una Caballería que, por su importancia, pudiera ser digna de mención.

En otro conocido combate entre los dos bandos antes citados, la acción del monte de Ohod (no lejos de la Meca), Jalid, al frente de doscientos caballos atacó a la retaguardia mahometana poniendo a este ejército en derrota pese a que éste disponía de tropas montadas (22). La derrota no fue olvidada por Mahoma, que con el mayor entusiasmo y tenacidad se dedicó a reforzar su Caballería.

Es indudable que la debilidad del ejército del Profeta en tropas montadas constituyó una verdadera servidumbre durante todas sus guerras de

(18) SÁNCHEZ ALBORNOZ: *Ob. cit.*; Aben Hodeil copia en su obra numerosos pensamientos similares (traduc. Mercier. *La parure des cavaliers*, págs. 18-29).

(19) CAETANI: *Ob. cit.*, año II, pág. 43.

(20) CAETANI: *Ob. cit.*, año II, pág. 38.

(21) CAETANI: *Ob. cit.*, año II, pág. 99.

(22) CAETANI: *Ob. cit.*, año III, págs. 17 y 25 (nota 21).

religión o de conquista. En su primer duelo con los bizantinos, el caudillo ismaelita Zaid ben Hárítah fue derrotado estrepitosamente por los escuadrones griegos (23). Tal servidumbre y la escasa afición hípica de los árabes de entonces, es manifiesta y siempre reflejada en su debilidad ante sus enemigos. La ausencia de jinetes en las poblaciones sedentarias de la Arabia occidental, se reflejaba en que ni aún los guerreros más acaudalados disponían de adecuados corceles de batalla (24).

Pero la limitación en la cuantía de ejemplares en las cuadras árabes de Arabia occidental no constituyen el único caso de excepción, igual debilidad existía en las tribus beduinas de las regiones centrales de Arabia, e, incluso, en las regiones más orientales. Así, cuando se estudia la historia del pueblo árabe, pocas veces se ve mencionado el caballo; tan sólo en los relatos de la *Riddah* (25) es aludido el jinete al relatar la conquista de Oriente por las tropas de musulimes orientales. Resulta, pues, que aquellos famosos beduinos que tantas páginas llenas de aventuras procuraron a la novela occidental, en pretéritos tiempos no parece que fueran tan hábiles jinetes como los presentan los novelistas. Sobre este particular, es conocido un dato que a nuestro juicio es importante: en los libros sobre caballos de los escritores musulmanes Al-Cabí y Mohámed ben Al-Arabi se citan a título de honor a los semovientes más veloces y famosos del pueblo árabe, en dichas listas apenas figura algún corcel sobresaliente perteneciente a una tribu beduina del sur de Arabia (26).

En síntesis, en ninguna de las regiones de la antigua Arabia existían rebaños caballares de importancia, tanto por su número como por la calidad de los productos. El caballo, por entonces, en tales territorios era raro y costoso, al parecer un corcel de batalla de calidad normal alcanzaba el valor de siete camellos o costaba unas cuarenta monedas de oro (27). Así, aunque en teoría los guerreros árabes, según las antiguas crónicas, admiraban al caballo, la realidad nos muestra que muy pocos de ellos, en los primeros tiempos de Mahoma, acudían a los campos de lucha cabalgando sobre brioso corcel de batalla. La débil economía del combatiente y los altos precios de los semovientes no permitían tales lujos. Aquellos soldados musulmanes entusiastas seguidores del Corán no tenían más posibilidades que las de ser camelleros o peones y acudir a la lucha un tanto deficientemente armados y protegidos: larga lanza, mediana espada y muy deficiente yelmo y escudo.

(23) CAETANI: *Ob. cit.*, año VIII, pág. 12.

(24) CAETANI: *Ob. cit.*, año II, pág. 1066.

(25) CAETANI: *Ob. cit.*, año II, págs. 39-62 (en estas páginas se resume todo lo que pudiera interesar sobre el Riddah).

(26) Véase edic. de LÉVI: *Dell' vida de les libres de chevaux de Hixam ibn al-Kabi et Muhammad ibn al-Arabi*.

(27) CLONARD (conde de): *Hemorias para la historia de las Tropas de la Casa Real española*.

LA CABALLERÍA MUSULMANA

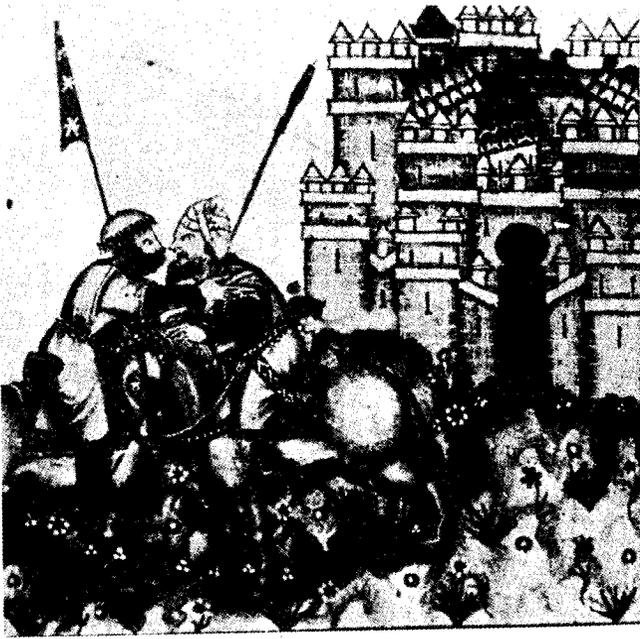
La Caballería agarena del Al-Andalus no tan sólo estaba formada por jinetes árabes, sino también de otras fracciones formadas por berberiscos, sirios y de otros pueblos musulimes (28). De aquí que antes de comentar en detalle las características de la genuina Caballería del Al-Andalus, que nosotros denominaremos hispano-musulmana, ya que según Sánchez Albornoz «Los musulmanes de España, o eran españoles por los cuatro costados, nietos de conversos a la religión de los conquistadores, o primaba en sus venas la vieja sangre hispana, por ser fruto de repetidos mestizajes» (29).

Las gentes bereberes que en pasados tiempos habían formado parte de un «pueblo de intrépidos jinetes», figurando en forma sobresaliente en las huestes de Roma, con el comienzo del gobierno del cónsul romano Septimo Severo, al generalizarse el uso del camello en el país, tales bestias fueron sustituyendo paulatinamente a los nerviosos corceles de Berbería de entretenimiento más delicado y costoso y el berberisco casi sin solución de continuidad pasó a ser camellero olvidándose del noble arte de la equitación. «Contra bereberes montados sobre camellos o tras sus camellos guarnecidos —escribe Sánchez Albornoz (30)— habían combatido los caudillos vándalos y los generales bizantinos y, acaso también lucharon los jefes ismaelitas.» El texto *Ajbar Machmúa*, a su vez, señala: «que en los momentos en que la obra y la vida de Carlos Martel, al norte de los Pirineos, tocaba a su fin, las huestes berberiscas que ante él se presentaban no disponían de una Caballería que pudiera ser considerada estimable». Cuando el referido libro narra la batalla en la que el caudillo galo se enfrentaba con las tropas de Berbería aclara, que éstas no disponían de núcleos montados dignos de mención. Lo mismo sucedió cuando tales tropas bereberes se enfrentaron a los sarracenos que el califa Hixam había enviado contra ellas al mando de los acreditados capitanes árabes Colton y Balch. Pese a que los primeros no disponían de un adecuado número de escuadrones de caballos para oponerse a los sirios expedicionarios, éstos sufrieron derrota y sus restos se vieron obligados a buscar refugio tras los muros de Ceuta. Más tarde, dichos jinetes sirios pasarían a España llamados por un califa cordobés en apuros ante la sublevación berberisca peninsular y los jinetes recién llegados pasaron a reforzar y encuadrar a la débil Caballería hispano-musulmana del Al-Andalus. En resumen, en la pugna

(28) *España Musulmana*, I; pág. 82.

(29) *Ob. cit.*, pág. 454. MENÉNDEZ PIDAL: *Crónica del Moro Rasis y Adiciones al estudio de la Crónica del Moro Rasis*, de SÁNCHEZ ALBORNOZ. *Crónicas Generales de España*, pág. 44.

(30) *Ob. cit.*, pág. 261.



Entrevista de dos alcaides moros.
(Manuscrito escurialense de las Cantigas Alfonsies)



Un alcaide moro con dos acompañantes.
(Manuscrito escurialense de las Cantigas Alfonsies)



Moros partiendo a la guerra. Siglo XIII.
(Manuscrito de las Cantigas de Alfonso X. Bibl. Escorial, T-i-1)



Tambores moros del siglo XIII.
(Manuscrito de las Cantigas de Alfonso X. Bibl. Escorial, T-i-1)

entre los sirios enviados por Hixam contra las tribus bereberes del Norte de Africa, la victoria se inclinó por las tribus bereberes tan sólo defendidas por peones y camelleros. Ante tal hecho, no parece aventurado suponer que la tradición ecuestre de Berbería no debió reforzar en forma apreciable a la incipiente Caballería árabe, fundamento, más tarde, de la excelente Caballería hispano-musulmana de la baja Edad Media.

Refiriéndonos a los jinetes sirios, la cuestión tiene que ser planteada en otros términos. Los guerreros montados de Balch que desde Ceuta pasaron a la Península, pese a que llegaron a nuestras costas hambrientos, desarmados, casi desnudos y, desde luego, sin corceles, pertenecían a una nación de gran abolengo y tradición hípica y, en consecuencia, perfectamente aptos para encuadrar y adiestrar a los bisoños soldados musulimes de Córdoba. Siria, en verdad, por aquel tiempo, no aportó a la Caballería árabe una organización militar ecuestre dotada de fuertes efectivos; ni siquiera trajo sus caballos a España, pero en cambio entregó a la futura Caballería hispano-musulmana el «espíritu jinete» y sus tradiciones, sin cuyos factores difícilmente se puede organizar una buena Caballería.

No es muy conocida la organización militar de la España mora, de la Edad Media, esto es, del Al-Andalus. Verdaderamente no abundan las noticias sobre tales cuestiones. Según Sánchez Albornoz (31), los sirios que trajo Balch a España habían recibido a título de *Iqta* (beneficios militares) una parte de las contribuciones que debían satisfacer los cristianos españoles que habían capitulado ante las huestes sarracenas. El disfrute de tales ventajas, naturalmente traía como servidumbre la obligación de acudir a las armas al primer llamamiento del emir, el cual siempre los distribuía, en tales ocasiones, por tribus. En consecuencia, la inicial orgánica castrense musulmana en el Al-Andalus tenía por fundamento el *voluntariado temporal* y la articulación tribal. Este primitivo concepto pronto tuvo que ser sustituido por otras normas más seguras y eficaces, ya que con motivo que las tribus sirias habían intervenido con cierta actividad en los disturbios civiles del Al-Andalus, el califa Abd al-Rahman I se vio obligado a nutrir sus tropas con personal mercenario (*baxam*) reclutado especialmente en la Berbería africana. La fórmula fue la inscripción de dichos individuos en el llamado «*Diwan wa-l-Kitba*», esto es, el registro militar de los guerreros a soldada del califa. Los siguientes emires continuaron esta política castrense aunque sin olvidarse de atraer, nuevamente, a las distintas tribus sirias muy aprovechables para nutrir sus escuadrones de caballos. Así, el ejército regular o «*Chund*», con los necesarios refuerzos, comenzó a tomar la imagen de una hueste profesional, recibiendo, en consecuencia, la correspondiente paga extraordinaria de campaña. Naturalmente, a lo largo de los distintos gobiernos del Al-Andalus, las mutaciones y las mejoras de las tropas, se sucedieron con mayor o menor acierto. De todos estos cambios, sin duda, los históricamente más conocidos fueron: *Los ensayos de Mahoma, las medidas de Omar y los cambios del período Ome-*

(31) *Ob. cit.*

ya (32), todos ellos con origen oriental, aunque, sin duda, influyeron sobre la orgánica castrense del Al-Andalus.

Conviene repetir y aclarar que España no fue invadida y dominada, en el siglo VIII y sucesivas centurias, por tan sólo un pueblo musulmán, sino por un verdadero mosaico de pueblos con costumbres distintas, hábitos y culturas diferentes, aunque sí, prácticamente, con una única religión, *la coránica*. A las tribus árabes, sirias, berberiscas, etc. tan sólo les unía su fe religiosa, por entonces algo tibia y reciente, y, a lo más, algunos flojos lazos políticos provinientes de un Imperio monstruoso y novísimo con una parte social a todas luces negativa, el común predatorio y conquistador de los pueblos orientales avivado por la secular pobreza e incultura de sus regiones de procedencia. Las huestes de Tarik vencedoras del rey visigodo español Rodrigo, en su mayor parte eran oriundas de Berbería y las tropas que acaudillaba Muza casi en su totalidad procedían de Oriente, en particular de la lejana Arabia. Más tarde, al desembarcar en la Península los jinetes de Balch, la etnia de las gentes musulmanas del Al-Andalus se vio incrementada en un nuevo grupo étnico y, en consecuencia, el reclutamiento bajo todos sus sistemas de voluntariado, forzoso y mercenario del Ejército hispano-musulmán de los califas cordobeses y, por tanto, de su Caballería, precisa ser contemplado bajo las indicadas fuentes de asistencia humana, a las que convendría añadir algunas otras facetas, derivadas de la presencia en las filas castrenses de algunos pequeños núcleos cristianos y judíos.

La tradición ecuestre, su «espíritu jinete» y demás aptitudes hípcas de los indicados guerreros ya ha sido comentada, por lo que ahora se comentará el valor humano y moral de los mencionados jinetes del Al-Andalus, y siempre enjuiciados como soldados de Caballería.

Los Berberiscos: «*Genus hominum mobile*» según Salustio, eran gentes tan fáciles a la conversión como a la apostasía y se caracterizaban por una violenta exaltación religiosa, pareja a su salvaje amor a la independencia. Varias veces habían vencido en los campos de batalla a sus conquistadores islámicos y, por ello, la relación entre sirios y sarracenos con ellos no siempre era cordial ni sumisa. Su levadura democrática, su xenofobia y su fervorosa fe, les ofrecía como campo abonado para el llamado «jarechismo» que encerraba en sus esencias, a la par de una fisonomía de secta religiosa y credo político una cierta mezcla explosiva que, en el año 739, les llevó a las revueltas africanas. Su victoria facilitó el levantamiento bereber de España y la inevitable iniciación de sangrientos choques entre los diversos pueblos musulmanes del Al-Andalus. La áspera y brutal contienda que causó dicho levantamiento bereber, sólo fue posible dominarlo con la llegada a las costas peninsulares, llamados por el Califa de Córdoba, de unos doce mil jinetes sirios y al talento político-militar del Valí, Abul-jattar. El guerrero berberisco, vehemente, ágil y decidido llevaba en sí mé-

(32) SÁNCHEZ ALBORNOZ: *En torno a los orígenes del Feudalismo*, III, páginas 168-177.

ritos adecuados para una vez disciplinado e instruido transformarse en un excelente soldado de Caballería. Por otra parte, en sus antecedentes históricos lejanos el caballo figuró como un excelente compañero del citado personal agareno.

Sobre los sirios cabe decir que procedían, como ya quedó indicado, de los restos de las tropas expedicionarias en el Norte de Africa enviadas por Hixam contra los rebeldes berberiscos de la indicada región, sublevados con ocasión de los disturbios ocurridos en España entre sarracenos y berberiscos de la Península. Las acciones bélicas en el Norte de Africa consiguieron, por otra parte, el corte de las comunicaciones entre Cairwán y Tánger y, más tarde, facilitaron la victoria berberisca en la llamada «Batalla de los nobles», en la que se comienza a vislumbrar el hundimiento del poder de los califas sarracenos en el *Mógreb Alacsa* y, como natural secuela un certero peligro de perder España (33). Para hacer frente a tan grave situación, el califa Hixam organizó un poderoso ejército a base de conceder, por anticipado, a sus jóvenes guerreros no pocas ventajas socioeconómicas. Dicha hueste, de 25.000 hombres, fue puesta bajo el mando directo de unos de los mejores caudillos sirios de aquella época, Coltom ben Zíyad, que antes de iniciar su avance se procuró la cooperación de 3.000 musulmanes egipcios y de algunos otros refuerzos islamitas. En resumen, con un ejército de unos 70.000 hombres se enfrentó a *Basdora*, defendida por una gran masa de berberiscos mal armados y peor protegidos. El resultado no pudo ser más desfavorable para las tropas sarracenas y sirias, cuya Caballería, la de Balch (sobrino de Coltom ben Zíyad), se vio arrollada por el ímpetu bereber, pese al esfuerzo de sus 7.000 jinetes sirios. Sobre tal combate existen no pocas anécdotas, que si bien, en buena técnica castrense, no aparecen determinantes aunque ilustran, hasta cierto punto, sobre algunos tipos de estrategias que los militares musulmanes de aquella época utilizaban para contener y defenderse del huracán de la Caballería. Se cuenta que los bereberes para resistir la acometida de los jinetes enemigos confeccionaron sacos de pieles secas que rellenaron con piedras a fin de que al ser volteados produjeran estrepitosos ruidos para espantar a los corceles que hacía ellos galopaban. También existe noticia que se utilizaron yegüas indómitas a las que ataron en la cola cántaros y pellejos hinchados. En fin, la realidad fue que en el Norte de Africa las huestes berberiscas derrotaron al poderoso ejército de Hixam y que los restos de este ejército buscó refugio tras los muros de Ceuta. Años después, estos jinetes sirios refugiados en la citada plaza fuerte transfretana pasaron Al-Andalus para reforzar las huestes hispano-musulmanas de la España mora.

(33) Sobre la rebelión de los berberiscos existen bastante datos en la *Contineatio Hispana* (o *Crónica Mozárabe* de 754. M. G. H.). *Auct Antiquissimi*, XI, página 363. El *Ajbar Machmúa* de CORASI (trad. Lafuente Alcántara, págs. 39-41). ABEN ALCUTIA (trad. Rivera, pág. 10). ABEN ALATIR: *Annales* (trad. Fagnan, I, págs. 63-65). XIMÉNEZ DE RADA: *Hispania Illustrata*, II, pág. 171. ABEN ADARI (trad. Fagnan, I, páginas 50-58). *El Nuwalri* (trad. Gaspar y Remiro, págs. 37-38). ABEN JALDÚN: *Histoire des Béréberes*, Slane. I, pág. 217, y *Almaccari*. GAYANGOS: *Moham Dyn*, págs. 40 ss.

En cuanto a los *árabes* o *sarracenos*, los antiguos soldados de Muza que habían combatido en el Guadalete, cabe decir: Que aunque existe constancia de que en los primeros tiempos de la invasión peninsular tan sólo los moros contaban con algunos pequeños núcleos de jinetes, según las crónicas su cuantía no sobrepasó el centenar, tal es el parecer del historiador musulmán Ahmed Arrazi (34), que traza la crónica de la conquista estudiando, previamente, textos tan antiguos como los de Wakidi ben Isa y Aben Habíb (35). La misma opinión aparece en los escritos de Arib ben Sáad (36) y del autor del *Ajbar Machmúa*, autores ambos perfectamente informados de los sucesos del período califal. Ocurre cosa similar con otros compiladores musulmanes y cristianos, entre otros Aben Alatir (37), Rodrigo Ximénez de Rada (38), Aben Adari (39) y algunos otros más (40).

En resumen, la aptitud para el combate y sus cualidades éticas y morales de los tres principales pueblos en los cuales fueron reclutados los jinetes del Al-Andalus quedan reflejados en un texto de la llamada *Leyenda de Muza* (41).

Las crónicas islamitas informan que el caudillo Tari ben Zíyad, liberto del jefe de la expedición del caudillo sarraceno Musa ben Nosair, que inicialmente mandó la invasión de España, penetró en nuestra patria con una muy débil minoría de guerreros árabes. Las noticias más dignas de crédito apuntan que la mayoría de los efectivos invasores eran o bereberes africanos o maulas y libertos. De aquí, que por muy aguerridos y valientes que fuesen los escuadrones musulmanes que combatieron en el Guadalete, sus misiones, por la escasez de efectivos, tuvieron que ser de tipo secundario y de pequeña importancia castrense. En consecuencia, tanto en la referida gran batalla como en posteriores e inmediatas jornadas el peso de las acciones y las glorias del triunfo debe ser anotado a las huestes de peones. Sobre esto es importante recordar las declaraciones del cronista musulmán cordobés Rasis (42) y del también historiador Admed Arrazi, que ha

(34) Véase sobre Ahmed Arrazi y demás escritores que se citan la obra de SÁNCHEZ ALBORNOZ: *Fuentes de la Historia musulmana del siglo VIII*.

(35) ABEN ADARI reprodujo el pasaje de Arib en su *Bayano'l Magrib* (trad. E. Fagnan, II, pág. 7).

(36) *Colección de obras arábigas de Historia y Geografía* (trad. Lafuente Alcántara), publicada por la «R. A. de la H.», I, pág. 20.

(37) IBN EL ATHIR: *Annales du Maghreb et l'Espagne* (trad. y anotaciones de E. Fagnan, pág. 42).

(38) *De Rebus Hispaniae*, III (Edc. Schott); *Hispaniae Illustral*, II, pág. 63.

(39) *Histoire de l'Afrique et de l'Espagne* (intitulada *Al-Bayano'l Magrib*, II, pág. 7, trad. y anotaciones de E. Fagnan).

(40) Entre otros: El Nawairi, Almaccari, ESTÉBANEZ CALDERÓN (*Embajador marroquí de la Milicia de los árabes en España*, pág. 8; Madrid, 1851).

(41) SEUDO BEN QUITAIBA: *Del Imamat wa-l-Siasat* (trad. Ribera, 138) y SÁNCHEZ ALBORNOZ: *España Musulmana*, I, págs. 62-63.

(42) *Crónica del moro Rasis* (Según SÁNCHEZ ALBORNOZ, este cronista musulmán tuvo como fuentes de información a antiguos documentos del muy remoto Wakidi y de Aben Adari; los de este último han sido reproducidos en la obra *Al-Bayano'l Magrib*. Recientemente, en 1978, el citado profesor de historia Sánchez Albornoz ha publicado

dejado escrito: «Que al saber el rey godo el desembarco de los árabes, envió contra ellos a su sobrino Sancho; pero los invasores le vencieron y dieron muerte, y con esta victoria sobre la Caballería visigoda, creció la fuerza de los musulmanes y los infantes pudieron cabalgar y extender, así, el círculo de sus incursiones en el país que atravesaban». Naturalmente, de tal victoria tan sólo es posible sacar como conclusión que los jinetes visigodos de Sancho no tan sólo fueron desafortunados en su combate sino que, además, no supieron conservar sus cabalgaduras abrumados por el peso de la derrota. Pero, también, posiblemente se podría deducir de que tal feliz suceso para el ejército musulmán no puede resultar indicativo como el albor de la Caballería hispano-musulmana del Al-Andalus, ya que unos peones, coyunturalmente cabalgando sobre corceles producto de un botín, sin instrucción adecuada y sin «espíritu jinete» nunca han hecho posible, en ninguna época, la organización de una Caballería digna de tal nombre. En síntesis, los territorios que pasados los años habrían de constituir el núcleo principal del Al-Andalus no fue conquista de escuadrones agarenos, sino capturados por el peonaje musulmán.

En un estudio de Sánchez Albornoz, titulado *El Islam de España y el Occidente* (43), se rechaza el supuesto del historiador alemán Brunner que atribuye el nacimiento del *Feudalismo* al impacto de la Caballería árabe en Francia. Sobre esta afirmación el citado profesor español, aludiendo a sus teorías reflejadas en su obra sobre los *Orígenes del Feudalismo*, taxativamente, dice: «Demostraré la inanidad de la base esencial de tal teoría al comprobar lo reducido de las fuerzas montadas con que los islamitas conquistaron la Península y con las que luego combatieron entre sí en la España islámica del siglo VIII».

Es cierto que todo lo anteriormente apuntado, salvo algunas noticias indiscutibles o avaladas por eminentes tratadistas, no puede ser apoyado en una extensa y rigurosa información historiográfica (44). Sin embargo, a partir de la mitad de la centuria VIII aproximadamente (año 740), la cuestión varía con signo positivo al poder ser contemplado el texto del *Ajbar Machmúa* que, remontándose a tiempos pretéritos y aludiendo a determinadas regiones africanas y a España, relata, con singular detalle, la sublevación general de los bereberes del Norte de Africa (45).

Según Sánchez-Albornoz (46), al cundir por España la noticia de la sublevación general de Berbería y la de sus últimas victorias sobre las

un pequeño volumen: *Adiciones al estudio de la Crónica del moro Rasis* de gran interés).

(43) Colección Austral. Madrid, 1944.

(44) Ni los cronistas francos, ni los historiadores árabes, ni los manuscritos españoles más convincentes y próximos a los citados sucesos de los primeros tiempos de la invasión árabe de la Península, tales como *La Continuatio Hispana*, de SAN ISIDORO DE SEVILLA, o *La Crónica Mozárabe*, etc., permiten aclarar el enigma de aquellos azarosos días.

(45) Los detalles de tales sucesos, versión española, figuran en varias obras, entre otras en la de SÁNCHEZ ALBORNOZ: *En torno a los orígenes del Feudalismo*, lib. III, cap. VII, págs. 230-236.

(46) *Ob. cit.*, pág. 231.

tropas sirio-sarracenas de Hixam, las gentes berberiscas peninsulares, desde Galicia al Guadarrama se alzaron en armas contra el califa cordobés. Alcanzada la victoria en el norte de España, se dirigieron contra el valí Abdelmélíc ben Catán, con la pretensión de señorear Andalucía. Como ya quedó dicho, el gobernante de Córdoba solicitó el refuerzo de las tropas sirias de Balch refugiadas en Ccuta; las que una vez desembarcadas en nuestras playas, armadas, vestidas, alimentadas y, sobre todo, remontadas en corceles andaluces, se dispusieron, en unión de los cuerpos árabes leales al Emir (47), a combatir la revuelta. Al mando de los dos hijos de Emir, *Catán* y *Omega*, el ejército fue puesto en campaña. La acción decisiva se desarrolló en unas llanuras que limitan con las sierras de Villaminaya, próximas a Toledo y regadas por el insignificante río Guadalacete. Alcanzada la victoria, las huestes cordobesas, incluidos los jinetes de Balch, formaron el nuevo ejército hispano-musulmán del Al-Andalus, con lo que, prácticamente, los citados guerreros de Siria tal vez pudieran constituir el antecedente del origen de los escuadrones que venimos considerando en la parte relacionada con el personal de procedencia africana.

La dinastía *Omeya*, en particular Abd al-Rahman I y sus sucesores (912-1031) no dejaron de apreciar la importancia y grandes servicios que se podían obtener de las formaciones de jinetes heredadas. Sin embargo, pese al indudable refuerzo de los cuerpos de Caballería islamitas a base de guerreros sirios, no existe constancia que durante lo que restaba para dar fin al siglo IX dichos institutos montados experimentaran mutaciones o mejoras importantes. La proporcionalidad entre Infantería y Caballería se siguió manteniendo en términos generales. Así, tanto durante el *Emirato dependiente del Califa de Damasco* (711-756), como en los gobiernos de los *Emires independientes* del Oriente (756-912), la tónica general en la orgánica hispano-musulmana del Al-Andalus fue típicamente de Infantería.

A partir de los primeros años del siglo X, esto es, al advenimiento en el Al-Andalus del califato independiente de los Abd al-Rahmanes (912-1031), la dinastía *Omeya* comenzó a mejorar sus escuadrones de jinetes prestigiando a la Caballería, que vio ciertas mejoras en su armamento. La Caballería comenzó a ser estimada como el Arma más adecuada y rentable para combatir al cada vez más acentuado poder de los reinos cristianos; tanto más, cuando por aquellos tiempos al conseguir el Califato tranquilizar y asegurar su autoridad en el agitado Al-Andalus, había llegado el momento de recurrir a una nueva estrategia fundamentada, decididamente, en la ofensiva, para la cual las masas de jinetes aparecían determinantes. Según el escritor agareno *Ben Idhari*, autor del *Bayana'l Magrib* (48), la cifra de jinetes que formaron parte de la expedición contra Galicia, conducida por Abd al-Rahman, hijo del Emir, fue de más de 20.000 caba-

(47) Véase *Cuadros esquemáticos de Historia de España* (Edad Media), de los catedráticos J. P. Martínez y P. Oscar Pérez, págs. 57 y ss. Madrid, 1972.

(48) Versión francesa de Fagnan, II, pág. 178, y SÁNCHEZ ALBORNOZ: *España Musulmana*, I, págs. 264-265.

llos (49), ya que tan sólo contando con los corceles facilitados por determinadas villas y lugares del Al-Andalus menciona la cuantía de 19.621, a los que es preciso añadir los guerreros-caballeros cordobeses que participaron en dicha incursión, que sin duda no debieron ser pocos, dadas las ventajas y halagos que el Califa tuvo por su ciudad de Córdoba y la existencia de un número importante de ganaderías en tal región.

Durante las sucesivas guerras civiles (741-756), conflictos que precedieron al triunfo de los omeyas en España y el acceso al trono de Abd al-Rahman I, las vicisitudes de la Caballería sarracena fue un tanto azarosa y no exenta de interés, al menos como antecedente curioso para la historia orgánica del Arma, que venimos tratando, e, incluso, también de la Caballería cristiana de entonces, ya que la investigación acusa una muy tenue aparición o ligerísimo vestigio de lo que pasados bastantes siglos, en la Edad Moderna, dieron lugar a las conocidas tropas de Dragones. En efecto, en los enfrentamientos ocurridos entre el caudillo rebelde Yúsus y el príncipe Abd al-Rahman I, en ocasión del combate de Tocina (50), así como en otros sucesivos encuentros, parece ser que los jinetes yemeníes descabalgando buscaban el combate como una hueste de peones. Naturalmente no empleaban como *medio de acción* el fuego, cosa imposible en aquella época, pero sí un inicial conato de la táctica de los futuros escuadrones de dragones, es decir, *combate a pie* y rápidos desplazamientos *a caballo*. La noticia de la forma de actuar de los jinetes yemeníes está confirmada en el *Ajbar Machmúa*, por medio de las siguientes citas: Al relatar unos incidentes ocurridos en el referido encuentro de Tocina, señala: «Los clientes omeyas se apeaban de sus bestias para pelear como peones,

(49) Las cuantías parciales de los efectivos de jinetes, sin contar los procedentes de la ciudad de Córdoba que, sin duda debieron ser importantes dadas las gabelas que gozaban los habitantes de dicha ciudad por benevolencia del califa Abd al-Rahman I, fueron:

	<i>Jinetes</i>
— Cantón de Elvira	2.900
— Jaén	220
— Cabra	1.800
— Baga (Priego)	900
— Tacorna	297
— Algeciras	290
— Ecija	1.200
— Carmona	185
— Sidonia	6.780
— Málaga	2.600
— Fahs al-Ballut	400
— Morón	1.400
— Todmir	156
— Ravina	106
— Calatrava y Oreto	387
TOTAL	19.621

(50) En la obra *Anónimo de París* se relata este hecho de armas, situando geográficamente a *Tocina* en el valle del Guadalquivir a pocos kilómetros de Córdoba.

rodeando a su patrono Abd al-Rahman que montaba un brioso corcel. Los yemeníes temieron que la juventud e inexperiencia del caudillo común pudieran moverle a escapar a caballo en cualquier momento comprometido de la lucha y no callaron sus temores. Llegaron hasta el futuro Emir los rumores de su gente y Ben Moáwiya quiso ganar su confianza con un gesto decidido. Para lograrlo llamó a Abu Sabbah, que montaba una vieja mula cana, y le dijo: *No hay en el ejército mula más a propósito para mí que la tuya; este caballo es demasiado inquieto y no puedo disparar mis flechas desde él, según deseo; tómalo y dame tu mula, porque quiero montar cabalgadura que sea de todos conocida, si nuestros soldados vuelven la espalda en el combate.* Avergonzados los yemeníes ante las palabras del valeroso príncipe, y, para corresponder al noble gesto, aceptado el trueque del caballo por la mula, ellos también, como los clientes omeyas de Abd al-Rahman I, se apearon de sus cabalgaduras para combatir como peones» (51).

Con independencia de los métodos de combate de los escuadrones agarenos del Al-Andalus, se dispone de un valioso dato que nos inclina a aceptar el fortalecimiento, en todos sus aspectos castrenses, de la Caballería hispano-musulmana. Tal precisión se basa en un relato de un soldado anónimo que algunos han pretendido relacionarlo con un guerrero llamado *Coraíxi*, autor de varias narraciones, entre otras la ya citada del *Ajbar Machmúa*. En las indicadas notas se cita el *Orden de batalla* o despliegue que se realizó en la acción de Tocina y de cuyo estudio es posible deducir que tanto en un bando como en el otro sus respectivos despliegues se fundamentaban en la existencia de un centro fuerte, monolítico y nutrido por peones que se protegían por ambos flancos por medio de núcleos de jinetes. Esto es, el peso de la lucha, la acción principal quedaba a cargo de la Infantería reservándose las acciones de protección y apoyo a las huestes a caballo.

Dato curioso e indicador de los hábitos castrenses de los guerreros hispano-musulmanes del Al-Andalus pueden ser obtenidos al estudiar los frecuentes encuentros que durante la guerra civil mantuvieron los sublevados berberiscos y los árabes del califa Abd al-Rahman I. Yúsuf, jefe de la rebelión bereber, había reunido en Mérida y otros lugares del S. O. de España un poderoso ejército, fuerte de unos 20.000 hombres. Al frente de tal formación marchó contra Sevilla con idea de batir al valí de esta plaza, el caudillo Al-Merwani. Este ordenó la concentración de sus huestes, a las que se unieron las procedentes de Morón, al mando del hijo de dicho valí. El encuentro tuvo lugar en la región de Almodóvar. De acuerdo con las costumbres musulmanas de aquella época, un guerrero berberisco de Yúsuf, el liberto del Fihiri (Yúsuf), retó en singular combate a cualquier soldado del ejército adversario. El guante fue recogido por un abisinio que a su vez era liberto del valí de Sevilla, Al-Merwani. El cruento duelo se

(51) *Ajbar Machmúa* (trad. Lafuente, págs. 85-86). Mahámed ben Isa, según cita el *Bayano'l Magrib* (trad. Ed. Fagnan, II, pág. 72) y pasaje de Arrazi reproducido en el *Fatba'l-Andalusi* (trad. Gozález, pág. 62), conforme con la corrección de Codera (Sánchez-Albornoz).

desarrolló a la vista de ambos bandos con victoria para el abisinio. Hasta aquí, la noticia del hecho que, en verdad carecería de valor informativo dada la frecuencia de tales duelos, si no ampliáramos el relato con el dato de que el singular combate se desarrolló a pie, prescindiendo de ímpetu de la acción a caballo según el *Ajbar Machmúa*, por lo que no resulta aventurado suponer que por aquellos azarosos días de la alta Edad Media los combates entre jinetes no eran frecuentes.

En la práctica, pues, durante el siglo VIII y parte de la alta Edad Media la acción del peonaje en los campos de batalla primaba sobre la de los guerreros montados. Ahora bien, ya en la centuria X (año 912), al encargarse de los destinos de la España musulmana la dinastía omeya, la proporcionalidad de las Armas (Infantería y Caballería) comenzó a inclinarse hacia los jinetes acentuándose tanto a través de los siglos, que ya en la baja Edad Media los ejércitos (musulmanes y cristianos) eran, prácticamente, *ejércitos de jinetes*.

Varias debieron ser las causas del cambio de política militar que se acaba de señalar. Posiblemente la más determinante debió ser la sorpresa que, sin duda, impresionó al Emir Omeya, sobre la poca estima u olvido que en el Al-Andalus militar se venía teniendo por las enseñanzas castrenses que proporcionaba el estudio de las campañas de Mahoma contra Bizancio y otros países de Oriente durante el período de las guerras de religión. La falta del adecuado número de tropas montadas, en aquellos tiempos produjo bastantes quebraderos de cabeza al Profeta y no pocas derrotas. La penuria en jinetes también detuvo las iniciales luchas de Abd al-Rahman contra la sublevación berberisca. Por otra parte, los reinos cristianos durante los primeros años de la Reconquista debieron su debilidad militar a su actitud defensiva producida por la falta de medios materiales para aspirar a otra clase de actividad. Pero ya a finales del siglo IX, y con mayor acento en el X, la iniciativa cristiana comenzó a tomar impulso y, como secuela natural por aquel tiempo, las huestes montadas heredadas de la tradición hípica secular de Iberia fueron adquiriendo cada vez mayor importancia, muy en particular cuando el avance cristiano consiguió llegar a las onduladas mesetas de los valles del Ebro y Duero. La espléndida y áspera Castilla del conde Fernán González y las no menos decisorias regiones de Aragón, Navarra y Cataluña comenzaron a despertar de su letargo ante el enordecedor estruendo del galopar de sus corceles de batalla. Las armas y los guerreros cristianos que las empuñaban ya no se presentaban inertes e inermes ante el Califato cordobés; el cual, para hacer frente a tal nueva situación se vio obligado a buscar, rápidamente, el reforzamiento de su Caballería.

Con referencia a dichos sucesos debemos señalar que el escritor árabe Aben Aljatib, en su obra *Ihata*, recoge un pasaje de Arrazi en el que figura una copia del texto de condiciones para el «amán» (perdón) otorgado en el año 142 de la *Héjira* (que corresponde al período 758-759 de nuestra Era), por disposición del Emir Abd al-Rahman I, en beneficio de los cristianos de la villa de Cora de Castilla, esto es, a los mozárabes del distrito

de Elvira (provincia de Granada). En tal documento, entre otras servidumbres, figura la entrega al Emir de diez mil onzas de oro, una cantidad igual de libras de plata y un cuantioso rebaño de caballos y mulos, además de las armas necesarias para equipar a mil caballeros (52). Este interesante documento del gobierno omeya confirma el supuesto del aumento que se trató dar a la Caballería hispano-musulmana del Al-Andalus en el siglo IX, aunque un completo éxito tal vez no se obtuvo hasta pasados algunos años y con motivo de la expedición de Abd al-Rahman en tierras de Galicia.

El sucesor del primero de los Abd-al-Rahmanes fue el príncipe Alhácám I (796-824), nieto del primeramente citado, y también su seguidor en la política militar, ya que mantuvo el criterio de sostener un Ejército permanente nutrido con personal voluntario o soldada y con importante efectivo de mercenarios o «hasam». El nuevo Emir creó parques y depósitos de armamento y pertrechos de guerra completando la estructura militar con la organización de una importante *Guardia pretoriana* o *Escolta califal* nutrida por cinco mil esclavos (53). En tal Ejército no faltaban fuertes escuadrones de jinetes producto de un muy seleccionado reclutamiento (54). En tantas veces mencionado texto *Ajbar Machmúta* que es de donde sacamos la noticia, dice: «Que Alhácám instaló dos mil caballos en dos caballerizas situadas enfrente de su palacio residencial a la orilla del Guadalquivir. En cada uno de dichos establos, diez «Arifes» u Oficiales tenían a su cargo un escuadrón de cien jinetes con misión de estar en todo momento preparados para acudir, en pie de guerra, al primer toque de *apellido* (o llamada a las armas). Ambos acuartelamientos disponían del correspondiente recinto o picadero para el entrenamiento de hombres y ganado. En las *justas a caballo* que se celebraban solía participar el mismo Emir».

Pese a tan feliz augurio para la Caballería hispano-musulmana del Al-Andalus, la historia orgánica de tal Arma aún tenía por delante un largo camino a recorrer. Las fuerzas armadas todavía no podían ser clasificadas como un «ejército de jinetes» como más tarde ocurrió, ni los emires cordobeses podían disponer de una cabaña equina capaz de remontar a sus guerreros, ni la mentalidad del soldado gozaba del «espíritu jinete» indispensable para actuar con eficacia en campaña. Razones para tal afirmación tenemos muchas, pero sin duda las más sobresalientes pudieran ser:

Si el Emir hubiese aspirado a contar con una aguerrida y potente organización de Caballería, no se habría conformado con mantener uno o dos cuerpos montados, ni sus *órdenes tácticos* se hubieran basado en un

(52) CASIRI: *Biblioteca Árabe-Hispana Escorialensis*, II, págs. 103-104 y, antes en el capítulo precedente, pág. 209, nota 183 (Sánchez Albornoz).

(53) La voz del pueblo los calificaba de «mudos» debido a su ignorancia de las lenguas que entonces se usaban en la Península.

(54) El cada vez más creciente aumento de los efectivos de las tropas montadas del Al-Andalus, trajo parejo un similar incremento en las huestes cristianas de la Península.

núcleo central formado por peones y unas relativamente débiles alas de jinetes. A todas luces en sus despliegues faltaba la adecuada masa de escuadrones capaces de tomar a su cargo la clásica «Explotación del éxito», maniobra indispensable, en todos los tiempos, para completar una victoria táctica.

Por otra parte, el soldado de Caballería no tan sólo se le puede definir como tal, por el mérito de cabalgar a lomo de un corcel. Precisa un armamento adecuado, un adiestramiento ecuestre, una mentalidad de jinete y, en fin, de todas las cualidades y virtudes que es capaz de darle una acertada orgánica típica de las fuerzas montadas.

Los animales más comúnmente utilizados por los musulimes españoles del Al-Andalus, claramente nos indican la debilidad de los escuadrones califales y su escasa tradición hípica en aquella época. Salvo los caballeros sirios de Balch y sus inmediatos herederos, los demás se servían de mulas como medio de transporte. Según Sánchez-Albornoz (55), «Lucero se llamaba el mulo que montaba Al Somail, en Zaragoza. A lomos de mula llegó al campamento de Fihirí (Yúsuf) el mensajero de su mujer que le llevaba la noticia del desembarco en España del príncipe Abd al-Rahman que, en breve plazo, habría de oponérsele (56). Cuando el citado caudillo rebelde intentó captarse a dicho príncipe para llegar a un acomodo político-militar, le envió como presente dos caballos y otras tantas mulas (57). Uno de los jeques yemeníes de mayor prestigio, Abú Sabbah, acudió a la batalla de Almazora jinete sobre una vieja mula. Utilizando monturas semejantes lucharon en los campos de batalla no pocos capitanes de Abd al-Rahman I (58); así como el caudillo Al Somail perteneciente al bando berberisco. Incluso el mismo Abd al-Rahman marchó sobre la albarda de un mulo a Granada, cuando perseguía al Fihirí (Yúsuf) y a Al Somail. Some-tidos ambos caudillos rebeldes, regresó a Córdoba trayéndolos prisioneros. El emir, refiriéndose a Al Somail, dijo: «Dios reparte sus dones a su albedrío; desde Elvira hasta Córdoba me acompañó, y no tocó su estribo al mío, ni la cabeza de su mula se adelantó a la de la mía, ni me preguntó nada, ni habló sin ser preguntado» (59).

Por último, es sintomático y significativo que en el ya citado tributo que el emir cordobés impuso a los mozárabes de Elvira, en el 758, figuraran, casi por partes iguales, los corceles y el ganado mular. Todos estos datos y algunos otros más que pueden recogerse en la historia del Al-Andalus, nos indican que los caballos de armas y sus jinetes estaban aún muy lejos de gozar del prestigio y admiración que algunas centurias después, en particular en la baja Edad Media, se preciaban la *gente de a caballo* del reino musulmán. Basta leer la obra *Guerras Civiles de Granada*, de Ginés

(55) *Ob. cit.*, pág. 248.

(56) *Ajbar Machmúa*, pág. 78.

(57) *Ajbar Machmúa*, pág. 79.

(58) *Ajbar Machmúa*, pág. 86, y Arrazi, según cita del *Fatha'l Andalusi* (trad. González, pág. 62, corregida por Cordera).

(59) *Ajbar Machmúa*, págs. 89-90.

Pérez de Hita, para darse cuenta de la prosapia e importancia de aquellos caballeros *zegríes* y los no menos nobles y valientes *abencerrajes*, pertenecientes a los treinta y dos linajes, para darse cuenta de la importancia y brillo de aquellos impetuosos escuadrones hispano-musulmanes del Al-Andalus, en este caso circunscrito al reino de Granada. Pero esto ocurrió en la baja Edad Media, y no en los primeros siglos del Alto Medievo; no sin razón es conocida la burla que hizo Abén Haúcal, en el siglo x sobre las calidades y aptitudes de los jinetes del Al-Andalus, al afirmar «que no sabían montar a caballo» (60).

En resumen, en la alta Edad Media o, al menos, en sus primeros siglos la Caballería hispano-musulmana no se nos ofrece como una tropa brillante, potente y maniobrera. Ni su recluta, ni sus armas y equipo e incluso su remonta facilitaron su existencia como Arma combatiente. Por fortuna para el Al-Andalus, los reinos cristianos no gozaban por entonces ni del tiempo ni del espacio suficiente para poder recuperarse de la derrota del Guadalete y presentarse ante el adversario con sus tradiciones ecuestres en pleno desarrollo. Las altas tierras norteñas, la pobreza de medios y otros factores imponderables impuso la servidumbre de alcanzar antes los valles del Ebro y Duero para que sus escuadrones pudieran maniobrar.

Es posible que en siglos sucesivos los califas omeyas intentaran robustecer su organización militar ecuestre, pero las noticias que hasta nosotros han llegado no apoyan, en rigor, tal supuesto, pese a la circunstancial masa de jinetes que a las órdenes de Abd al-Rahman I, asoló Castilla y León en su incursión a Galicia. Esta acción, tanto por su penetración como por los efectivos participantes, puede estimarse en circunstancial y de excepción. La realidad fue, al menos así debe ser interpretada ante los textos conocidos y pese a la severidad de los preceptos contenidos en la *Cunna* (61) y demás ordenanzas califales, que la Caballería hispano-musulmana no era ni la sombra de la que más tarde, en las campañas ocurridas durante el bajo Medievo, galopó por los campos de batalla de España. Las milicias moras de los *almoravides*, *morabíes* o *morabitos* y otras tropas similares, encargadas de la cobertura de las fronteras del Al-Andalus durante los siglos xi al xiv, las arrogantes cabalgadas de los *zegríes* y *abencerrajes* del reino de Granada que desafiaron el poderío cristiano de los Reyes Católicos, fueron muy superiores tanto en armas como en táctica y organización a los escuadrones agarenos que hemos venido considerando (62). Sin embargo, no todo fue débil e inoperante, por parte de los jinetes musulimes, en los siglos comprendidos en la llamada alta Edad Media. Intentaron, a veces con fortuna, renovar sus estructuras, perfeccionar sus armamentos y mejorar sus tácticas de combate y, singularmente pusieron gran empeño con gran acierto en elevar el prestigio del arte de la Equitación, utilizando el método

(60) *Kitab al-Masálic wa al-Mamalíc* (trad. y educ. Goeje. Biblioteca Geográfica arábiga, II, págs. 74 y 78).

(61) Ordenanzas militares musulmanas.

(62) GONZÁLEZ SIMANCAS: *Ob. cit.*, pág. 30.



Compañía de moros almogatazes de Orán.
(Dibujo a pluma de la obra *Estado Militar de España*. Manuscrito de 1790)

llamado de la «*monta de la Gineta*» (63), mucho más rica en posibilidades que la por entonces se usaba, la «*monta a la brida*» (64). Las ventajas pronto hicieron acto de presencia en los campos de batalla.

LAS GUARDAS Y ESCOLTAS MONTADAS DE LOS CALIFAS DEL AL-ANDALUS

Reseñar al detalle las múltiples guardas y escoltas de Caballería de todos los príncipes que gobernaron el Al-Andalus, además de no tener cabida en un artículo supondría un penoso estudio de muy escaso interés. Por ello, tan sólo se hará referencia a aquellas tropas palacianas de los más significados califas musulmanes españoles.

Aparece en primer lugar el escuadrón de *zenetes* y *andaluces* que en tiempos del rey Hixêm I (788-796) constituyó su escolta predilecta. Esta tropa de jinetes inició su servicio en el año 788, es decir, en los días en que dicho Emir subió al trono del Al-Andalus. Sus efectivos alcanzaron la cifra de cinco mil *esclavos*, esto es, tres mil más que los que en época anterior tenían a su cargo la seguridad de su padre y soberano, el príncipe Abd al-Rahman I (756-788).

El sucesor de Hixêm I, su hijo Alhaquem I (796-822), mantuvo dicha guardia real, con lo que sembró la desconfianza de sus nobles, temerosos ante tan aguerrida tropa que, sin duda, dificultaría interesadas maquinaciones cortesanas.

Abd al-Rahman II ben Alhaquem (822-852), que subió al trono del Al-Andalus en el año 822, pese a no tener un carácter belicoso sino, más bien sosegado, ordenó el aumento de los efectivos de sus tropas palacianas en una cuantía de unos dos mil soldados africanos. Los uniformó y armó magníficamente consiguiendo tener una bastante poderosa escolta real. Una fracción de ésta era conocida por el nombre de «*Suaifes*» o «*Guardias de la cuchilla*» por utilizar sus guerreros unas lanzas de tipo alabarda. Las unidades de esclavos, que procedían de Oriente, eran tropas excelentes tanto por su fidelidad al Emir como por su gallarda prestancia y depurada instrucción militar. Estos esclavos tenían a su cargo la seguridad interna del palacio real y en sus panoplias de armas figuraba, en forma sobresaliente, un gran *montante* o *espadón* de manejo a dos manos así como la maza de armas y el escudo protector.

El califa Abd al-Rahman III (912-961), el «*Anisir*», en el año 937

(63) Fundamentada en cabalgar con las estriberas cortas, al estilo de los jinetes *zenetes* o *zenetas* africanos. Armamento más ligero y gran preocupación por la movilidad tanto de los caballos como de las formaciones tácticas.

(64) Estriberas muy largas. Pesado armamento tanto ofensivo como defensivo. Escasa movilidad. Táctica de masas, monolítica arrolladora con muy pocas posibilidades de maniobra.

fundó a unos cuarenta kilómetros de Córdoba, en un magnífico y frondoso paraje del valle del Guadalquivir, el histórico *Real Sitio*, conocido en las crónicas de la época bajo la denominación de *Medina Azahia* (ciudad de Azahia que era el nombre de la bella esclava favorita del Emir). Entre los varios edificios de aquel lugar son de señalar dos construcciones de índole castrense destinados a los acuartelamientos de su Guardia Real, por entonces compuesta por doce mil guerreros africanos-zenetes y cuatro mil andaluces y procedentes de Tahart. El servicio de vigilancia se realizaba por *taifas* o compañías y la citada fuerza palaciana tan sólo acudía a campaña cuando el califa se incorporaba al campo de batalla.

Al suceder en el trono cordobés el príncipe Alhaquem II (961-976) por fallecimiento de su padre, el nuevo emir, hombre de gran cultura y amante del Arte y en el ceremonial de su jura aparecen en lugares preeminentes los capitanes de las tres fracciones de la Guardia Palaciana. El *Hajíb* y los *Wacires* forman al frente de sus tropas y la guardia de esclavos formada en dos filas, empuñando sus espadas y abrazados los escudos, cercaban la gran sala destinada a los actos ceremoniales del juramento del emir. Los esclavos negros vestidos de blanco formaban en otras dos filas llevando en la mano sus típicas hachas de combate que las hacen descansar sobre el hombro. En los patios exteriores formaban las *taifas* de andaluces y africanos lujosamente uniformados de blanco y muy brillantemente armados; lo mismo ocurre con las unidades de esclavos blancos, los cuales tan sólo utilizan bruñidas espadas de combate.

GUARDIAS A CABALLO DE NEGROS DEL SÛS

A la muerte del emir Alhaquem II, sube las gradas del trono del Al-Andalus su hijo (el joven casi un niño) Hixem II (976-1016), el que bajo la tutela de Abuamir Mohamed, apellidado más tarde Almanzor (El Vencedor o el Invencible), poco pudo hacer en beneficio de la organización castrense de sus Guardas y Escoltas, ya que las guerras civiles en el reino cordobés y otros acontecimientos adversos nada facilitaban tales mejoras. Muerto Almanzor, en el año 1002 en la villa de Medinacelli y desaparecido, misteriosamente el príncipe Hixam II por intrigas del usurpador Suleimán (1013), el Al-Andalus se hunde en una plena anarquía que aconseja el refuerzo de algunas tropas califales, por lo que se ordena la organización de otros cuerpos de *Guardias a caballo*, nutrida con guerreros negros del Sûs que habían sido reclutados por Yahye ben Alí con idea de tratar de expulsar del trono a su tío el intruso Alcasim ben Hamud que se había coronado rey en la ciudad de Córdoba.

Abd al-Rahman V., Almostadir Bila, luego que se sentó en el trono cordobés en 1024, entre otras urgentes medidas tomó la de reforzar las Ordenanzas de la Guardia Real de andaluces y esclavos que, a causa de las

guerras civiles ocurridas en el reino, habían demostrado su inoperancia en cuestiones de disciplina, fidelidad al emir y otras virtudes castrenses indispensables.

Tal decisión califal al desagradar a los guerreros zenetes-africanos, desencadenó una cruenta conspiración que había de terminar con el asesinato del príncipe reinante en su misma cámara y la elevación al trono del Al-Andalus de su primo, Muhamad. Este nuevo soberano, Muhamad III, Mostacfi Bila, pronto se vería obligado a permitir la anárquica situación que representaba la instalación en su estado de una serie de *reinos de Taifas* (1031-1492). Agradecido el príncipe al comportamiento de su Guardia Palaciana durante dichos sucesos, les recompensó con grandes libertades, espléndidas mesas, buenos salarios y preciosas armas y vestuarios; pero tal milicia no correspondiendo a tales liberalidades se conjuró contra él. Por ello al verse sin protección se vio obligado a huir de su ciudad seguido por muy corto número de fieles servidores, parte de los cuales pronto habrían de desertar durante la huida. El califa buscó refugio en el célebre castillo de Uclés, en donde murió envenenado.

Extinta en el Al-Andalus la dinastía de los omeyas, en el año 1044 sube al trono cordobés el prudente y virtuoso príncipe Gehwar, que entre otras saludables reformas de gobierno llevó a cabo la de su Guardia Palaciana al disminuir sustancialmente sus efectivos, un tanto onerosos para las arcas del Estado.

En 1086 el reino *Taifa* sevillano pasa a manos almorávides (1086-1214) en la persona del emir Almutámid (1069-1091), el que para contener la presión de las armas del rey cristiano Alfonso VI, de acuerdo con los reyes de Granada y Badajoz decidió pedir auxilio a Yúsuf Ibn Tashfin, por entonces rey en Marruecos, y perteneciente a la tribu almorávide. Este caudillo, pese a salir victorioso en la histórica batalla de *Zalaca* (1086), no pudo completar su triunfo al verse obligado a regresar a Ceuta con cierta urgencia debida a la muerte de su hijo primogénito.

Muerto el príncipe Yúsuf, es proclamado como rey de Marruecos, en 1107, el emir almorávide Alí ben Yúsuf (1107-1143), el cual pasa a la Península para guerrear contra las demás tribus y razas mahometanas. En la organización militar ecuestre de su Guardia contaba con un buen número de caballeros cristianos que voluntariamente se habían alistado en sus tropas. Igualmente es conocido el dato que cuando se vio obligado a pasar a África para enfrentarse con las tribus almohades, las unidades que mandaba su hijo Texafin acudieron en su refuerzo desde Andalucía «con cuatro mil mancebos cristianos andaluces, muy diestros en las armas que servían en la Caballería de su Guardia». Alí ben Yúsuf murió en Marruecos en 1143, sucediéndole en el trono su citado hijo Texafin, que habría de ser el último de los soberanos almorávides del Al-Andalus.

Con la llegada a España de las gentes almohades (1146-1214), las costumbres y estructuras castrenses del Al-Andalus no experimentaron grandes mutaciones y nada variaron los efectivos cristianos de la Caballería de la Guardia Real.

GUARDIA DE CABALLERÍA AFRICANA Y ANDALUZA DEL REINO DE GRANADA

A la muerte del califa Yúzef ben Jacub (1164-1199) heredó el trono granadino su hijo Muhamed ben Jacub (1199-1228). De la contemplación de las crónicas de la época existe constancia que este príncipe contaba con una Guardia personal compuesta por unos diez mil guerreros, gran parte de ellos de Caballería.

Al paso de los años, Almemum Abulola Edris es proclamado rey de Granada en el año 1228, y al mismo tiempo que hereda el trono también se beneficia de la asistencia de una Guardia Palaciana de tropas andaluzas y negras, cuya única misión es la de velar por la seguridad del príncipe y de su familia.

Muere el emir Muhamad I Aben Alhamar, hasta entonces rey de Granada; el hijo y sucesor Muhamad II, al hacerse cargo de los destinos del reino, ordena se conserve en plena eficacia las escoltas reales de *Caballeros africanos y andaluces* que su padre venía manteniendo, si bien precisó que a las huestes palacianas africanas las mandara un príncipe benimerin o de la tribu de Beni-Zeya, reclutándose los mandos subalternos entre la nobleza de los pueblos *masamude*, *zeneta* o *zanbaga*. Las tropas andaluzas deberán ser dirigidas por algún príncipe de la Casa Real o caudillo de acreditado valor y conocimientos castrenses.

GUARDA DE LOS ALGARBIES

Abu Said Ismail, que en 1314 conquistó el trono granadino, introdujo en sus escoltas algunas tropas de *algarbies*, cuyo capitán fue Otman Abu Said, hijo de Abilali Edris ben Abdelhac, caudillo de gran renombre y de sangre real de los soberanos o gobernantes de Fez. Aunque no se dispone de confirmación, creemos que es probable que tales unidades continuaran prestando sus servicios en el reino de Granada, hasta su capitulación ante las armas de los Reyes Católicos el día 30 de diciembre de 1491.

Tal es en una muy apretada síntesis la pequeña historia de las Guardias y Escoltas Palacianas de los emires que en su día rigieron los destinos del Al-Andalus.